

Las manos grandes de la niebla

Ínsula, 203. zk., 1963.

El hombre parecía un puntalito de tierra aguantando el techo de nubes que se estaba desplomando sobre la gigantesca espalda vertical del cerro.

Jacobo Santiago estaba sembrándole trigo en la falda alta con el pujo de estar forzando las secas caderas de una señorita vieja cuando le llegó el ¡jalas! familiar desde la hoyada.

«¿Será Orestres?», se preguntó sobando un grano entre dos yemas.

La cerrazón había sudado en el sombrero, en los bigotes y en la ruana rucia de Jacobo Santiago un fino polvo de agua. Barranco abajo, la niebla era liviana, y la carretera se insinuaba como un hilo a través del resplandor azuloso y frío de millones de gotas como espejos.

El campesino afianzó sus cotizas de tres puntas en un pedrusco, volteó lentamente hasta encarar el precipicio, y se recostó de espaldas entre dos surcos, que era como acostarse parado en la tierra.

A Jacobo Santiago le cruzó una nublada.

– ¡Taita!...

El grito se empapó de niebla en el camino, y a Jacobo Santiago le llegó estremecido. Como un miedo.

Recogió la escardilla y los granos, y dio los pasos medidos, sin apresurarse.

Cuando irrumpió en el resplandor de la neblina, a Orestres le pareció que su viejo estaba entrando en el puente de colores.

– ¡Taita! –le gritó desde la carretera–. ¡María se chamuscó toda!...

El campesino quedó viendo el bulto vertical de su hijo desde lo alto de la vieja muralla que era el cerro.

Jacobo Santiago era un hombre cenceño y corto. Cuando se despojaba de su ruana tejida con pelo de chivo y de oveja se comprendía mejor el mirar apagado de sus ojos y el color verduzco de su lamido rostro de piedra lavada. Entonces, viéndole la enclenque armazón de los hombros, chocaba más la extraña lozanía de sus espesos bigotes negros.

Jacobo Santiago tenía también unos dientes erosionados y amarillentos que no reían nunca.

Orestres le vió bajar saltando las peñas una a una, sin apurarse, como desmontando un enorme animal, agazapado entre las nubes, o como descolgándose de un muro vertical. Después que ya alcanzó el sendero, que caía casi a plomo sobre la carretera, Orestres trepó un pedazo con las uñas, para adelantársele al viejo.

– A mama se le derramó la olla del hervido –le dijo el muchachito tomando aliento– y a María le bañó la cabeza y la oreja y todo pa'bajo, hasta la pierna...

* * *

Jacobo Santiago ya estaba halando del brazo de su hijo para atajar saltando una cerca de piedras, cuando preguntó a Orestres:

– ¿Por qué no se vinieron todos, pues, y llegamos a la medicatura más ligero?...

–Y o me les adelanté un pedacito, taita, porque María no puede caminar; mama la trae en el cuadril.

Cuando salieron a la carretera, ya Margarita y su hija estaban llegando al camino, embozadas en un solo lío del chal azul.

Desde que las vió hasta que las tuvo cerca, a Jacobo Santiago le pasó por la cabeza un mundo de cosas.

Luego, cuando llegó, se las quedó viendo.

La muchachita tenía los cabellos negros adheridos a la hinchazón terrible del ojo y de la cara, emplastados con el lodo que Margarita usó para remedio. El percal del vestido estaba pegado a la piel edematosa de la niña, y cuando se esforzaba para gritar se le despegaba con toda la horripilante humanidad de una sola postilla gigantesca.

Jacobo Santiago no tuvo valor para cargar a su hijita.

Tampoco preguntó nada a su mujer; sólo se le quedó delante, con el espanto para dentro.

– ¡Pobrecita, Jacobo Santiago!, le dijo ella mirándole desde una sola lágrima.

La carretera era como un hilván caído al azar por aquellas barranqueras sumergidas en la neblina de la sierra. Jacobo Santiago la veía subir plegada a las duras redondeces de las faldas, tomándose todo el tiempo que necesitaba para alcanzar los picos sin despeñarse.

Ya esta carretera de los viejos tiempos era un desvío inútil. Como su trabajo subido a los huesos de piedra de aquellos cerros, cuando no llegaba un poco de sol a tiempo; o como los seis años de María, cuando llegaba una olla de hervido y se le derramaba sobre la cabeza.

Ahora que habían construido la panamericana, estas tierras de por acá habían quedado tan olvidadas que era como vivir en otra parte.

Fingiendo acechar un vehículo, Jacobo Santiago se había despegado de su mujer, hacia el recodo, para alejarse de los gritos.

«En estas tierras de por acá –se dijo sintiendo la mano pequeña de Orestres recogida como un ala en la suya– la gente se gasta la vida esperando que llegue algo: el sol que falta, la lloviznita que falta, el pasto que falta, el camión que falta»...

Margarita estaba sufriendo los dientes de su hija en el hombro cuando comenzaron las nubes a engordar de agua y a bajar por su peso sobre la carretera; hasta que reventó a llover reciamente sobre el chal que cubría las carnecitas ardidas de la niña.

– Puede que esto la refresque un poco –dijo, por decir, Jacobo Santiago, regresando a su mujer.

Margarita apenas separó sus apretados labios de piedra, y preguntó:

– ¿Dejaste el animal en la falda?

Jacobo Santiago no dijo que no.

Luego él preguntó, también, por las gallinas.

– No tuve tiempo de recogerlas –le contestó Margarita cuando terminó el gemido de la niña–. Mandé a Orestres delante, para ganar tiempo.

Hubo un breve y fragoroso silencio de lluvia, que se precipitaba sobre el gigantesco escampado de la sierra con un sordo estrépito de tambor mojado.

– El gavilán nos las va a comer todas –dijo Jacobo Santiago sin levantar la voz, que le salió ahogada en lluvia.

Margarita cubrió la espalda de la niña con una punta del chal que se le descolgó a ella del hombro.

Fue un rato más tarde cuando se oyó en medio de aquel estrepitoso diluvio el fatigoso subir del vehículo en la pendiente. Se perdió el ruido dos veces, en las curvas, y brincó luego cerca.

Era un camión de estacas.

Jacobo Santiago avanzó dos pasos, y levantó quietamente la mano.

Madre e hija se sentaron junto al chofer. El ayudante pasó con Jacobo Santiago y Orestres a la plataforma, sobre los bultos de plátanos.

Tuvieron los tres que agarrarse a los racimos.

Montado sobre la joroba verde y resbalosa del camión, Jacobo Santiago miró espantado las grandes hondonadas de neblina que iba orillando la máquina; él, que trepaba lo escarpado como un chivo, y trabajaba, montado sobre sus dos piernas, a cientos de metros sobre los precipicios, perdía la cabeza al verlos desde los aparatos.

Orestres preguntó al ayudante del camión para dónde iban los plátanos.

– Pa'Mérida –contestó el hombre, escupiendo la lluvia.

Orestres hizo un gesto como diciendo:

«¡Alas!... ¡qué lejos!...»

* * *

En el dispensario, la practicante desnudó a la niña con tiras de piel y todo.

Jacobo Santiago aguantó los gritos pegado al muro, como si le estuviesen arrancando el pellejo a él, como a un chivo. Orestres se acuclilló en un rincón oscuro de la piecita, escurriendo el agua de su rucia en el piso. Margarita parecía de piedra, ayudando serenamente.

Aplastado contra la pared, Jacobo Santiago estaba vigilando todos los gestos de la enfermera.

Cuando llegó con una sábana para envolver el cuerpo cubierto de unguento amarillo de su hija, Jacobo Santiago se le atravesó y se le quedó mirando fijamente, con las dos manos y el sombrero colgándole en las rodillas, como puede mirar un monigote de paja.

– La quemadura es bastante grave, ¿sabe?... –dijo ella.

Al campesino se le quedó la voz dentro.

– Lo mejor sería hospitalizarla... Si tuviese yo una cama aquí, podría guardármela durante dos o tres días...

Orestres se le acercó entonces y posó su mano sobre la fría muñeca del viejo, junto al sombrero. Margarita, que estaba sentada con su hija, dijo quedamente:

– Y'hora, pues, ¿qué hacemos, Jacobo Santiago?...

La enfermera se puso a escribir sobre la mesita.

– Podríamos dejarla aquí, en casa del compadre Juan de Dios, para que nos quede más a la mano –añadió Margarita con la misma voz callada de antes.

Jacobo Santiago descubrió entonces que sí.

Fué cuando la practicante le alargó el pedacito de papel y le dijo:

– Tienen que conseguirse el plasma cuanto antes. Aquí no tenemos sino lo justo; pueden dar gracias a Dios que quedaba suficiente pomada de Picrato de Butesin para cubrirle todo el área de la escaldadura, y que pude ponerle la ampolla de morfina para calmarle el dolor.

Jacobo Santiago pasó el papel a su mujer.

Margarita lo miró con el mismo aire inocente y sorprendido que descubrió en las apagadas pupilas de su marido.

Fue ella la que se atrevió a decir:

– ¿Y ese remedio se podrá conseguir en Timotes, señorita?

No, en Timotes no se podría; no había más que ver la cara de asombro de la enfermera. Ni en Santo Domingo, ni en Chachopo, ni en Pueblo Llano, ni en San Rafael.

– ¿Y en Mérida?

Sí, en Mérida sí. En la capital se podía conseguir de todo.

Jacobo Santiago recuperó el papel, lo dobló trabajosamente con sus torpes dedos yertos, y lo guardó en algún bolsillo debajo de su rucia.

Después, cargó con mucha ternura a su hijita en brazos, y salió, silenciosamente.

– Cuanto antes me consiga el plasma, mejor –insistió la practicante desde la puerta del dispensario.

La oscura procesión iba ya carretera adelante, cuando Margarita preguntó:

– ¿Y cuánto irán a costar los remedios, Jacobo Santiago?

Margarita tuvo que regresar sus pasos hasta el dispensario.

Consiguió alcanzar de nuevo al grupo cuando ya estaba doblando hacia Techo Blanco.

– ¡Eso viene costando arriba de veinte pesos, Jacobo Santiago!

El campesino se detuvo, y luego echó a andar sus alpargatas, y dijo sosegadamente, como caminaba:

– Vendemos el ovejo, Margarita.

– Eso es una migaja, Jacobo Santiago...

– Pues vendemos también las gallinas...

Margarita guardó tiernamente la mano helada de Orestes en el hueco de la suya, que era grande y encallecida, y siguió silenciosamente a su marido, calculando que hasta podría reunir unos kilos de papas y de ñame en la casa.

* * *

No era la primera vez que Jacobo Santiago llegaba a la ciudad, y para la tardecita había conseguido vender el ovejo, las cuatro gallinas y el bulto de papas y legumbres que trabajó.

Reunió por todo noventa y dos bolívares; justo veintitrés pesos.

Cuando Jacobo Santiago vio el enorme frasco que traía la mano blanca del farmacéutico desde detrás de los estantes, comprendió que aquel era un remedio caro.

– Noventa bolívares –le sonó la voz al hombre de la bata blanca.

Jacobo Santiago reunió con torpeza los billetes de diez y los fuertes y los bolívares, y los fue contando despaciosamente sobre la vitrina.

– ¿El que se quemó es familiar suyo? –se interesó mientras tanto, amablemente, el farmacéutico.

– Pues una hijita mía, sí señor –dijo Jacobo Santiago sin levantar los ojos de sus reales.

Y en este quehacer le fue diciendo con monosílabos como y cuánto se le había quemado su hija.

– Entonces, este plasma no será suficiente –le advirtió el farmacéutico– tendrán que ponerle por lo menos otra dosis más.

Jacobo Santiago se quedó con sus dos bolívares del vuelto en una mano y el frasco en la otra, como si acabase de salir de El Pantanito esta mañana; pero sin el ovejo, ni las gallinas, ni las papas.

El farmacéutico lo veía entretenido con las dos monedas sobre el vidrio del mostrador.

– ¿No habrá nadie en la ciudad que usted conozca y le pueda prestar esta plata? –le preguntó.

– Pues no sé quién podría... –dijo Jacobo Santiago quedamente–. Usted sabe, uno es de tan arriba y conoce a tan poca gente...

* * *

Jacobo Santiago estaba en el barrio Barinitas a las cinco de la madrugada, antes que la luz del sol.

Se acurrucó en la puerta de la oficina de las obras del teleférico, y ruana y sombrero quedaron inmóviles, al acecho de los primeros pasos.

Y tuvo suerte, porque fueron los del capataz mismo.

El campesino explicó que la víspera le habían dicho en la oficina que tenía que tratar el asunto con él, y que le recomendaron que llegase temprano en la mañana si quería conseguirlo.

¿Qué sabía hacer él? Sembrar trigo; desherbar y arrancar las papas con el garabato; cortar con machete, aunque en esos montes no había mucho que trozar; cuidar chivos; arrancar chamizas...

¿Subir cerro? ¿Cortar unos palos? También. ¿Descolgarse de un peñón, trepar árboles, arrancar piedras en las laderas? ¡Pues eso era a lo que estaba enseñado él desde chiquitico!

Los nudosos dedos de Jacobo Santiago se enredaron en el ala del sombrero al poner la condición.

Jacobo Santiago quería el jornal de la primera semana por adelantado, entonces mismo o al día siguiente, porque necesitaba comprar unos remedios.

El capataz observó un rato la dócil mirada del campesino, y sus ásperas manos apresando torpemente el sombrero, y le prometió conseguírselo con el ingeniero.

– Entretanto va a comenzar en Loma Redonda –le dijo.

¡Cien bolívares a la semana! ¡Cómo se estaba él matando el cuerpo en aquellas soledades si tenía unos cabritos tan a la mano!, se regañó a sí mismo en el trayecto hasta la estación del teleférico, que estaba ahí mismo.

* * *

En el borde de la quebrada estaban fabricando algo así como un almacén, y había una máquina grande y dos cables del teleférico tendidos sobre el abismo, como dos chinchorros, hasta perderse de vista en el otro cerro.

Jacobo Santiago se puso a observar el solitario andamiaje de la construcción. Lo estarían fabricando con cemento, que fragua muy ligero. En la ciudad todo era más rápido. Su casita de El Pantanito la tuvo que construir con piedra que picó él mismo en el talud de la carretera, que queda distante como casi una legua. La acarreó a hombro en el zurrón de cuero, y luego la remojó y la pisó en el tapial. La teja la trajo de San Rafael, a cuatro pesos el cien. El mismo le hizo el vuelo del tejado con una madera bien derecha, y le puso un encañado que trajo con un hermano suyo desde el páramo de Mucutús, que está a un día de camino. El quería mucho a aquella casa y a aquellas tierras de pedregal; aunque se hacía tan duro trabajarlas, esa era la verdad.

Jacobo Santiago oyó primero un ruido largo y resbaloso, de alambre. Cuando descubrió el aparato que venía colgado de la guaya desde el otro lado neblinoso de la quebrada, ya le iban saliendo unos pies y unas cabezas; hasta que aparecieron claramente los obreros guindados de un cajón, como si viniesen colmando un autobús.

– ¿Usted es el nuevo que va para Loma Redonda?... –le preguntó un empleado–. Ayúdeme a cargar estas cajas de tornillos, y se va.

– Suba –le dijo luego el hombre del suéter gris.

Jacobo Santiago se encaramó torpemente sobre la caja suspendida del cable con dos ganchos de balancín, y se quedó parado, como un palo.

– ¿Ve usted ese mecate?– Jacobo Santiago vio la cuerda tendida de gancho a gancho, en la dirección del cable, como la correa del autobús. –Pues cuando se inclina el cajón, usted se agarra duro del mecate.

«¿Me irán a dejar solo en este cajón?», se preguntó angustiosamente Jacobo Santiago viendo para aquel estrecho camino del cable que se afilaba en la distancia, hasta perderse en la neblina del cerro.

Pero ya era tarde para preguntárselo a nadie, porque el cajón estaba resbalando sobre la guaya.

* * *

No gritó, porque no le salían a él las voces fuera.

Jacobo Santiago experimentó por primera vez un abandono infinito.

Entonces pensó en su hija, que era la razón del viaje, y buscó desesperadamente fuerzas para seguir volando sobre el barranco sin soltar el mecate.

Los cajones de tornillos y el campesino siguieron camino en la dirección de una fila alta, y cuando pasaron sobre un ranchito encaramado en uno de aquellos picos, Jacobo Santiago descubrió con susto la manera como los pájaros veían su solar de papas y su conuco y su casa de El Pantanito.

Jacobo Santiago vivió la terrible impresión de estar viajando para el otro mundo. Amarrado al mecate con sus dedos de hueso (porque era poquita la carne que tenían los huesos de Jacobo Santiago), entró entonces en un oscuro mundo de nubes atravesado por aquel lamentoso chirriar de ruedas que encogía el alma.

El agua le goteaba por la nariz y el bigote, y por los flecos de la ruana, y a Jacobo Santiago, que estaba sin comer desde hacía casi dos días, se le hizo sensible el espinazo entero.

Llegó a Loma Redonda como un carámbano.

Le costó mucho trabajo desprenderse del mecate, doblar las piernas y saltar a tierra. Estaba tan tieso que no pudo reunir los dedos de sus manos para amarrar la trenza de la cotiza.

* * *

Aquella noche Jacobo Santiago se acostó en cueros. Tendió su ropa en los travesaños, y se arrebujó en una cobija de lana que le prestaron en el almacén. Aunque no se le iba a secar la franela, ni el pantalón, porque en aquel barracón de madera se estaba colando la neblina por los huecos de los aleros y las rendijas como hace agua un barco que se está hundiendo.

Jacobo Santiago recordó con envidia su cama de tablas y estera de cascarón, con Margarita al lado, y los muchachos arrebozados en el montón de chacos, calenticos como dos panes acabaditos de hornear.

No podía arrancar de la memoria, sin embargo, el cuello y el hombro y el ojo de su hija, que los veía como una sola llaga roja cubierta de aquel unguento amarillo con que le untó la practicanta.

Trató de echarle delante a la preocupación el recuerdo de otras urgencias suyas: una papa caliente con ají, una arepita recién hecha con guarapo, sentado junto al fogón de parrilla cargado de chamiza bien seca, envuelto en el humo tibio que le tiznaba los muros y el pañote del techo.

Pero a estas confortables imágenes de su vida campesina le brincaba, como la punzada de frío, el recuerdo de su gente en casa del compadre Juan de Dios, que se había quedado solo en la vida y a quien había encontrado, por cierto, bastante enfermo.

Y entonces le pareció ver el fogón apagado y la cocina vacía.

Jacobo Santiago se arrebujó en la cobija, y se enfrentó a la noche como a un enemigo poderoso.

* * *

Ya eran casi las diez del día siguiente, y Jacobo Santiago regresaba de la oficina donde había ido por tercera vez a recordarles humildemente la promesa que le hizo el capataz en la oficina de Barinitas, cuando vio que éste venía llegando en el cajón de las herramientas.

Mientras lo veía bajar, se preguntó por qué estarían subiendo este aparato a Pico Espejo, si allí no había más que peñas y nieve. "Máquinas así debían ponerlas a los campesinos, para bajarles las cosechas a la ciudad, y para llevar a los muchachos a Mérida, cuando se enferman, o a la escuela", se dijo para sus huesos.

No tuvo necesidad de salirle al paso. El capataz se le adelantó y le dijo que venía a cumplir lo prometido; que no pudo arreglarlo antes, por el papeleo, y que él le daba permiso para que en la tarde se fuese a llevar el remedio para su hija.

– Lo espero aquí mañana –le dijo dándole una palmada en la espalda.

En lo que Jacobo Santiago pensó instintivamente, con terror, fue en el viaje de vuelta en el teleférico de carga.

Pero Jacobo Santiago, asustado y todo, esperó silenciosamente al aparato; y subió encima con otros que montaban en él como quien sube a un camión.

Aquel fue un viaje largo.

Luego, llegó a la farmacia y pagó, y recogió los dos frascos y salió, tropezando los pies, como siempre.

Luego esperó en un cruce de camino hasta que alguien le mandó a subir a la caja de un camión.

A Jacobo Santiago, agarrado angustiosamente a sus dos frascos, se le hizo aquel viaje interminable.

La casa de su compadre Juan de Dios quedaba encima del camino. La venía mirando, como si encandilase, desde que dobló el cruce de la carretera.

Jacobo Santiago, que subía la pendiente más lentamente que nunca, con un frasco de remedio en cada mano, vio la puerta sola.

A pesar de la calculada demora, nadie le salió al paso. Ni siquiera un eco de voz. Hasta que asomó la cabeza dentro, como quien la arriesga, sabiendo, en la boca de una trampa.

Había una lamparilla de aceite prendida sobre un cajón de madera, alumbrando con destellos amarillos un pequeño crucifijo de metal. La camucha estaba vacía, con una florecitas silvestres azules y amarillas regadas sobre la estera. En el otro rincón había un cuerito recogido junto al montón de chacos.

Jacobo Santiago huyó hacia la cocina, que estaba a dos pasos. El fogón tenía todavía un rescoldo tibio. Estaba el garabatico de frailejón de monte guindado como un racimo de ollas abolladas, y la alcuza casi llena de las chamizas que debió traer el compadre Juan de Dios en estos días. Había, dominando todo el oscuro mundo de la casucha de cascajo picado, una hediondez que a Jacobo Santiago terminó de meterle en el cuerpo un malestar que lo sentó en la puerta.

La cara afilada y bigotuda de Jacobo Santiago fue tomando un color amarillo-verduzco de guarapo, y los ojos se le llenaron de una extraña opacidad neblinosa. Sólo tuvo fuerzas para depositar con precaución los dos frascos de remedio en el piso de

tierra y sentarse él, de cara al camino, esperando que los que le quedaban en la vida regresasen del cementerio.

Ya había vivido Jacobo Santiago una eternidad dentro, en alguna parte hasta entonces desconocida de sus adentros, cuando se le posó en el hueso del hombro una blanda mano de niebla.

María tenía la cara y el cuello cubiertos de unguento, pero sonreía, y Orestes, que esperaba a su lado, parecía maravillado de ver al viejo. Margarita venía subiendo todavía la cuesta, junto con un pequeño grupo de campesinos, Y se le quedó viendo, con los ojos llenos de aquella sufrida luz neblinosa de los que han nacido para esperar.

Venían de enterrar a Juan de Dios, que había muerto aquella noche de "una puntada".